

Cuadernos del Sur

Número 12 ■ Marzo de 1991

Tierra  fuego
del

1991, EL PRINCIPIO DEL FIN DEL SIGLO

“De un lado tienen acceso a la vida fuerzas industriales y científicas que ninguna época anterior en la historia de la humanidad, llegó a sospechar. Del otro, estamos delante de síntomas de decadencia que sobrepasan en mucho los horrores de los últimos tiempos del imperio romano. En nuestros días, todo parece estar impregnado de su contrario”

Karl Marx.

“Cuando el miedo se quedaba sin siglo, el siglo agonizante se llenó de miedos”. Con este recurso literario dibujaba Mario Benedetti su fantasmagórica visión de los inicios del final de este segundo milenio, cuando la ciudadanía argentina fue vapuleada por una despreciable decisión presidencial que dejó en libertad a los máximos responsables de crímenes de lesa humanidad, y el mundo presenciaba azorado como la moderna jactancia electrónica les mostraba el despliegue técnico de la lógica de la guerra, sustento de la nueva cruzada imperialista en el Golfo Arabe-Pérsico.

Es que estos años noventa, nos ponen en los umbrales del nuevo siglo, impulsados por la aceleración vertiginosa de los tiempos, expresión de la articulación de un conjunto de procesos que van transformando el mundo actual, modificando las condiciones de vida y existencia; los sistemas de producción y comunicación; la estructura social y los patrones culturales. Cambiando el contexto en el que se desenvuelven los conflictos sociales y políticos.

Con el telón de fondo de este mundo cambiante, también como expresión de esos cambios, distintos sucesos interrelacionados se destacan en el escenario mundial graficando las coordenadas que intentan orientar el curso futuro y configurar las condiciones del próximo milenio.

Los cambios operados en la correlación de fuerzas en la economía capitalista mundial han concluido poniendo en cuestionamiento la hegemonía de los Estados Unidos, que van acumulando tensiones internas que debilitan crecientemente su competitividad internacional. Contradictoriamente son los mismos EE.UU. los que refuerzan su predominio militar a escala mundial y su hegemonía ideológica como lo ponen en evidencia el despliegue tecno-bélico en el Golfo Arabe-Pérsico, y el auge de las concepciones neoliberales de la libertad del mercado en todo el mundo. Finalmente, las contradicciones internas concluyeron socavando los pilares de las sociedades burocratizadas de los países de Europa Oriental con el estrepitoso derrumbe del estalinismo y el fin de la confrontación Este-Oeste.

El mundo se encontraría así en los albores de “el fin de la historia”, en un escenario donde un nuevo ordenamiento garantizaría la seguridad internacional, en tanto que las fuerzas productivas a escala mundial serían reimpulsadas por el libre juego de las fuerzas del mercado.

En este contexto, como señala otro escritor latinoamericano, Eduardo Galeano, ...”no hay lugar para las revoluciones, como no sea en las vitrinas de los museos arqueológicos, ni hay lugar para la izquierda, salvo para la izquierda arrepenida, que acepta sentarse a la diestra de los banqueros..”

Sin embargo ¿hasta donde estos cambios condicionan el curso de los años noventa? Hoy es impensable eludir una verdad irrefutable: *el Siglo XX ha sido el siglo de las revoluciones, pero no el del socialismo*, pero ¿hasta donde el capitalismo, finalmente vencedor en su puja con el estalinismo, logrará contener la dialéctica de la historia?

En estos días todo parece estar impregnado de su contrario. Contradiendo a quienes enfatizan un escenario favorable a la imposición de un nuevo orden internacional, *el mundo se muestra ante nuestros ojos cada día más desordenado*.

El surgimiento de polos alternativos en la economía mundial —el Japón y el entorno asiático, Europa con centro en la Alemania reunificada— no hacen más que incentivar la disputa interimperialista por el control de los mercados; de la mano de las políticas de la libre competencia se agudizan los desequilibrios económicos; la riqueza, las nuevas tecnologías, los activos financieros se concentran en los siete países más ricos del planeta, siendo que los del llamado Tercer mundo se han convertido en exportadores netos de capital desde hace más de una década. La debacle ecológica se expande por todo el orbe, la discriminación racial crece en numerosos países. El pregonado nuevo orden internacional muestra “novedades” como la Plaza Tien An Men en China; la invasión yan-

ki a Panamá; la represión soviética en los países bálticos; el retorno a la Pax Americana en el Golfo.

Por distintas razones la República Democrática Alemana fue vista como el país más apto para soportar el impacto de su transformación hacia una economía de mercado. Sin embargo bastaron solo unos pocos meses para que su población comprobara los enormes costos sociales de esta operación, así como el peso que la misma está teniendo para la República Federal Alemana. Si esta es la experiencia en el centro del polo europeo, la proyección de la misma hacia el resto de los países del Este, y aún en la propia URSS deja al descubierto que el problema no es de fácil resolución en lo inmediato y cuando menos compleja en el largo plazo. Frente a la vertiginosidad de los cambios, ¿quien se acuerda hoy de la caída del Muro de Berlín?

Pero ¿hasta dónde la historia es capaz de volver sobre sus pasos? ¿Hasta donde los trabajadores manuales e intelectuales dejarán caer un siglo de luchas y esperanzas colectivas? Un siglo de conquistas económicas, sociales y culturales que desbordaron las aspiraciones de una clase para insertarse en el conjunto de las sociedades.

El siglo que agoniza nacido con una crisis inmediata como lo fue la primera guerra mundial y la revolución rusa, termina ahora de crisis en crisis, donde lo que se descompone es todo el orden mundial creado durante casi ochenta años. Ni el capitalismo puede sentirse confiado ya que cualitativamente no ha solucionado ninguno de sus problemas ni el estalinismo aguantó el paso de la historia.

Pero la decadencia y la descomposición no configuran ningún nuevo paradigma. Las nuevas corrientes de pensamiento en los círculos dominantes: el posmodernismo y aquello del fin de la historia, a lo sumo son contra-ideologías, discursos a veces tejidos con cierta habilidad, pero no más, ya que no ofrecen nada nuevo ni alternativo.

Al siglo XX le está naciendo un heredero que la actual década nos dirá si alumbra el futuro o si el vástago será otro nuevo monstruo a costa de la vida humana. De ahí la importancia estratégica de los próximos quinquenios, después del fin de la guerra fría y eso que llaman el “nuevo orden mundial”.

Este nuevo orden internacional, más aun el que pareciera emerger luego de la guerra del golfo bajo la unipolaridad estadounidense, requerirá de gobiernos estables y fuertes, capaces de hacer frente con autoridad al descontento larvado que anida en esas sociedades que independientemente de su ubicación geográfica expresan la centralidad de algunos temas cruciales que hoy recorren el mundo contemporáneo: la imperiosidad de la paz y el desarme de la lógica de

la guerra; la autodeterminación de los pueblos, la resolución democrática de sus problemas y la libre disposición de sus recursos naturales; la modernización y la apropiación de los beneficios y el control de sus costos; la emergencia de las masas en la política; la realización material e intelectual del ser humano..

Dependerá de nosotros, de los pueblos, hoy más que nunca superar al capitalismo y en este marco somos concientes que la discusión del socialismo como alternativa sigue teniendo validez, que es necesaria, que se asienta en la experiencia y en el largo camino recorrido, y en el hecho objetivo que señalan la quiebra del estalinismo y la impotencia socialdemócrata que muestra su rostro en todos los continentes.

Es en este escenario de un mundo cambiante y en transformación acelerada, hegemonizado por un capitalismo agresivo y contradictorio por naturaleza, con el abanico de problemas y situaciones inéditas que nos presentan los años noventa, donde es necesario instalar este debate democrático y abierto sobre *el futuro del socialismo*, que rescatará lo rescatable, criticará lo criticable, y requerirá un gran esfuerzo de maduración y reflexión colectiva. Pero también ir asentando las bases de la remoción histórico-social del siglo entrante, del *socialismo del futuro*.

Que la última década del siglo sea un entierro digno de algo superado' pero ya que la Historia no se inventa sino que la hacen los hombres, que sirva también como partera del futuro, donde los protagonistas sean los trabajadores y los pueblos, y no los grupos de poder se llamen fracciones dominantes, castas militares o burocracias de estado. **Cuadernos de Sur** aspira a ser tribuna apta, en donde quienes colaboran en esta empresa, cada uno con sus matices y sus propias inquietudes, contribuyan a ese esfuerzo que consideramos esencial.

AJP/EL

Buenos Aires, marzo 1991